

Actual (Mérida) (29): 263-268,
Mayo - Agosto 1994.

EL JAIKU JAPONES: POESIA DEL AQUI Y DEL AHORA

Faisal Zeidan

Cuenta la tradición oral de los juglares japoneses que quien comiera carne de sirena quedaría condenado a revivir innumerablemente después de cada suicidio. La leyenda fue resumida admirablemente en un jaiku de autor anónimo, recitado luego con fervor por los samurais a la hora del sepukú.

El Jaiku, monumento lírico de brevedad y belleza, aparece en el período Edo y, desde entonces, comienza a formar parte de la memoria épica del pueblo japonés. Sobrio descendiente del género Renga, estructura poética emparentada a su vez con la antigua Tanka del período Muromachi, el Jaiku se reduce a una frágil osamente jaculatoria. En una fugacidad de diecisiete sílabas se edifican tres versos de cinco, siete y cinco respectivamente. Unos pocos poemas se apartan de este patrón métrico y permiten un hemistiquio en el verso central, transformándose de esta manera en auténticos pareados.

Cifradas esas diecisiete sílabas encontramos la epifánica y sucinta descripción de alguna escena vista o imaginada. Las figuras expresivas son, por lo general, tomadas del entorno natural del Japón: la flor del cerezo (sakura), la tempestad (arashi), el frío viento de Otoño (aki no kaze), símbolos de múltiple significación para el alma Nipona. El ingenio del hacedor de Jaikus consiste en lograr expresar, con esos símbolos y en ese limitadísimo espacio métrico, el sentimiento de la infinitud, de la precariedad esencial, de lo efímero, bello y fugaz del aquí y el ahora.

El poeta Matsuo Basho (1644-1694), maestro indiscutible del género, dio una definición insuperable: «Jaiku es simplemente lo que está sucediendo en este lugar, en este momento».

Cada uno de los grandes poetas maestros del Jaiku le confiere al género un perfil diferente: ascetismo trascendente búdica a lo Zen para Bashó, captura concisa de la belleza para Busón (1716-1783), expresión tierna y percepción de la naturaleza para el atormentado Issa (1762-1826), artificio literario para Shiki (1867-1902). Vates tradicionales aparte, autores iconoclastas como Sôin (1604-1682) esgrimen el Jaiku con desenfado y léxico más libre que incluye lo vulgar y hasta lo obsceno en poemas de longitud irregular.

Entregamos aquí una pequeñísima muestra de autores y Jaikus de mayor perennidad, cantados hace más de trescientos años por el pueblo japonés:

Teika

Chiru hana o
oikakete yuku
arashi kana.

Va hostigando
pétalos de cerezo
la tempestad.

Raizan

Keu no tsuki
tada kuragari
mirarekeri

Onitsura

Koi koi to
iedo, hotaru ga
tonde yuku.

Teizen ni
shiroku sakitaru
tsubaki kana.

Bashó

Furu-ike
kawazu tobikomu
mizu no oto.

Nozarashi o
kokoro ni kaze no
shimu mi kana.

Kanbutsu no
hi ni umareau
kanoko kana

Hana ni asobu
abu na kurai so
tomo suzume.

Extraña luna
era toda lóbreguez
cuando la vi

¡Ven, Ven! -le dije,
pero aquella luciérnaga
se fue volando.

Frente al jardín
visten guirnaldas blancas
unas camelias.

Un viejo estanque
se zambulle una rana
y hace el agua chas!

A la intemperie
voy inspirando el viento
hasta mi alma.

El mismo día
que Buda reencarna
nace un cervato.

No te comas la avispa
que juega entre las flores
gorrión amigo.

Buson

Inazuma ya
nami mote yueru
aki-tsu-shima.

Tera-tera to
ishi ni hi no teru
kareno kana.

Uguiso no
koe tóki hi mo
kurenikeri

Ureitsutsu
oka ni noboreba
hana-ibara

Issa

Aki no kaze
kojiki wa ware o
mi-kuraburu

Tada oreba
oru to te yuki no
furinikeri.

Yo no naka wa
jigoku no ue no
hana-mi kana.

Damare semi
ima hige-dono ga
gozaru zo yo.

Relampaguea
cercado de oleaje
otoñal Japón.

Brilla que brilla
fulgura sol en las piedras
sobre el erial.

Trina lejano
un ruiseñor, y el sol
marcha al ocaso.

Sufriendo estaba
y al subir a una loma
zarzas en flor.

Viento de otoño
un mendigo me mira
comparativo.

Estoy aquí
por estar, y la nieve
sigue cayendo.

En este mundo
encima del infierno
viendo las flores.

Chist, chicharra
ya mismo doña Muerte
va a presentarse.

Aki kaze ya
hyoro-hyoro yama no
kage-bóshi

Hito areba
hae ari hotoke
arinikeri.

Minashigo no
ware wa hikaranu
hotaru kana.

Cha no hana ni
kakurenbo suru
suzume kana

Ushi mó mó
mó to kiri kara
detarikeri.

Shiki

Aki-kaze ya
ware ni kami nashi
hotoke nashi.

Hira-hira to
kaze ni nagarete
chó hitotsu.

Shimo-gare ya
hyójo ni hoyuru
mura no inu.

Viento otoñal
y tirita la sombra
de la montaña.

Donde haya hombres
habrá moscas, y habrá
Budás también.

Yo soy un huérfano
yo soy una luciérnaga
que no da luz.

Entre flores de té
juegan al escondite
los gorriones.

Diciendo «Mú
mú, mú», la vaca sale
de entre la niebla.

Viento otoñal
y yo no tengo dioses
ni tengo Budas.

Acá y allá
arrastrada del viento
la mariposa.

Campo de escarcha
a la loca del pueblo
le ladra un perro.

Oshi no ha ni
usu yuki tsumoru
shizukesa yo.

Yomei
ikubaku ka aru
yo mijikashi.

En las plumas del pato
cae tenue la nieve.
serenidad.

Y cuanto
me quedará de vida?
la noche es corta.

